

Libertad y Poder en “Calígula” de Albert Camus

Introducción

En Argelia, el 7 de noviembre de 1913, nació Albert Camus, hijo de una familia muy pobre. El padre muere en 1914, en los inicios de la Primera Gran Guerra. La madre, de ascendencia española, era casi sorda y analfabeta, pero pese a ello, le enseñó castellano y catalán. Muy joven se empezó a dedicar al periodismo, para luego escribir literatura, en la cual cultivó, con éxito, la novela, el teatro y el ensayo. En sus obras se perfila su pasión por la política y la reflexión filosófica. En 1957, con apenas 44 años de edad, le fue otorgado el Premio Nobel de Literatura. En 1960 falleció en las cercanías de París en un accidente automovilístico. Su temprana muerte truncó una vida dedicada a la reflexión política y moral, y cuando – podemos especular – todavía tenía mucho que dar.

Conmemorar el centenario del nacimiento de Albert Camus¹ puede ser un buen estímulo para leer y releer sus obras. En cierto sentido, en sus obras se constata dos líneas fundamentales de reflexión. En una, de orden filosófico, Camus aborda el

sentido de la vida del hombre. Es el conjunto de reflexiones sobre la vida, la muerte, el suicidio y el homicidio que se habrán de plasmar en sus obras más conocidas (“El extranjero”, “El mito de Sísifo”, “El malentendido”, “La muerte feliz”, entre otras). En la otra, de orden político, aborda sus inquietudes en cuanto a la vida en sociedad, en rigor en referencia al complejo – y muchas veces oscuro – campo de la política. En esta dimensión, sus obras fundamentales son “Calígula”, “La peste”, “El hombre rebelde”, por citar las más conocidas.

El Emperador Calígula y el “Calígula” de Camus

Camus publicó su obra de teatro “Calígula” en 1944, y fue presentada en París al año siguiente. Obviamente, en el trasfondo hay que recordar la brutalidad de la ocupación nazi y los horrores de la Segunda Guerra Mundial (1939-1945), incluyendo la racionalidad criminal del Holocausto. En ella Camus toma el per-

Marco Antonio Del Río R. es profesor de Teoría Económica, Finanzas y Matemáticas Aplicadas en la Universidad Privada de Santa Cruz (UPSA) y en la Universidad Autónoma Gabriel René Moreno (UAGRM), Santa Cruz, Bolivia.

¹Este trabajo se elaboró precisamente a fines del 2013, en consideración del centenario del nacimiento de Albert Camus.

sonaje histórico de Calígula, el tercer emperador del Imperio Romano, para reflexionar sobre el sentido de la vida, la libertad y el ejercicio del poder. Hay que entender que el Calígula de Camus no es el personaje histórico, cuyo carácter moral y cuyo gobierno fue retratado por los historiadores Suetonio (*La vida de los doce césares*, de 121 d.C.) y Dion Casio (*Historia romana*, de 202 d.C.). A diferencia del Calígula histórico, sobre el cual los registros históricos nos lo muestran como un hombre desquiciado, el Calígula de Camus es un hombre profundamente racional, y cuya locura habrá de derivarse precisamente, y con brutal paradoja, de la aplicación de la más estricta lógica.

El historiador romano Suetonio (*circa* 70-126 d.C.), en su obra *Vidas de los doce césares*, hace un retrato del emperador Cayo Calígula, sucesor de Tiberio. La infancia y adolescencia del joven Cayo estuvo marcada por las intrigas de palacio y por las sucesivas muertes de sus familiares más cercanos. Luego, la conducta política y moral de su tío, el emperador Tiberio, también generó un ambiente tenso y peligroso en su juventud. En todo caso, Suetonio señala que el arribo de Cayo al poder imperial fue recibido con júbilo por el pueblo de Roma, por el cariño a la memoria de su padre, el general Germánico.

Cayo Calígula gobernó el imperio entre marzo del 31 d.C. y enero del 41 d.C., cuando fue asesinado por miembros de la guardia pretoriana. Dada la parcialidad de los testimonios, parece que en la primera parte de su gobierno, los primeros siete meses, las acciones de gobierno de Calígula justificaron las expectativas del pueblo romano. Sin embargo, hay la noticia que en octubre del 31, Calígula cayó gravemente enfermo. Recuperado, Dion Casio y otros historiadores sugieren que el

hombre ya no era el mismo, y que empezó un gobierno caracterizado por los abusos, la arbitrariedad, y la demencia. Suetonio no duda en calificar de “monstruo” al emperador. No es este el lugar para entrar en una descripción sus excesos, pero baste decir que la figura de Calígula se ha proyectado hacia la historia universal como el estereotipo del gobernante demente y cruel.

Como se ha indicado, Camus, en su obra de teatro toma la figura de Calígula, pero no pretende hacer una suerte de retrato histórico. En rigor el emperador Calígula imaginado por Albert Camus no es un enajenado, ni es un desquiciado. Por el contrario, se trata de un individuo en el pleno uso de sus facultades mentales, tenebrosamente racional, pues actúa en consecuencia a los silogismos que va formulando.

Con su “Calígula”, Camus se propone explorar reflexivamente sobre un escenario inquietante: la posibilidad de un gobernante que tiene en sus manos el poder absoluto, y que actúa con la mayor racionalidad, con las certezas de la lógica.

Calígula: El único hombre libre del Imperio

En 1957, en la edición norteamericana, el propio Camus hizo un resumen de su obra: “Calígula, hasta entonces príncipe relativamente amable, se da cuenta cuando muere Drusila, su hermana y su amante, de que ‘los hombres mueren y [...] no son felices’. Desde entonces, obsesionado con la búsqueda de lo absoluto, envenenado de desprecio y horror, intenta ejercer, a través del asesinato y la perversión sistemática de todos los valores, una libertad que finalmente descubre que no es buena. Rechaza la amistad y el amor, la

solidaridad humana sencilla, el bien y el mal. Toma la palabra los que le rodean, les empuja hacia la lógica, nivela todo lo que está a su alrededor por la fuerza de su negativa y por la furia de la destrucción que conduce su pasión por la vida. Pero, suponiendo que la verdad sea rebelarse contra el destino, su error consiste en negar a los hombres. No se puede destruir todo sin destruirse a sí mismo. Por eso Calígula desaloja a todos los que le rodean y, fiel a su lógica, hace lo necesario para armar a aquellos que finalmente lo asesinarán. Calígula es la historia de un suicidio superior. Es la historia del más humano y más trágico de los errores. Infidel a los seres humanos debido a la excesiva lealtad a uno mismo, Calígula consiente en morir después de darse cuenta de que no se puede salvar solo y que nadie puede ser libre si es en contra de otros”.

A partir de la muerte de Drusila, Calígula descubre el absurdo de la vida y del mundo. Por ello, en el primer acto, escena 11, rodeado de Escisión, Cesonia y Quereas, afirma: “Este mundo no tiene importancia, y quién así lo entienda conquista su libertad. Y justamente, os odio porque no sois libres. En todo el Imperio Romano soy el único libre. Regocijaos, por fin ha llegado un emperador que os enseñará la libertad”.

Más adelante, en el mismo primer acto, en la escena 12, ya solo con Cesonia, su amante, golpeando el gong con furia, Calígula afirma: “Haced entrar a los culpables. Y todos lo son. Quiero que entren los condenados a muerte. ¡Público, quiero tener público! ¡Jueces, testigos, acusados, todos condenados de antemano! ¡Ah, Cesonia, les mostraré lo que nunca han visto, el único hombre libre de este imperio!”.

Calígula ha entendido que la vida no tiene sentido, que es absurda, pero él no es un hombre común, es el emperador, y como tal detenta el poder absoluto. A partir de estos dos principios, Calígula deduce que él, único emperador, es el único “hombre libre” del Imperio. El Calígula de Camus se ufana de ser “el único hombre libre” en toda la extensa geografía del Imperio. Sobre dos razones asienta Calígula esta proposición. Primero, es el único hombre que entiende el absurdo de la vida, que la vida carece de sentido, y que la muerte es la prueba de ello, y que es inútil buscar falsas esperanzas, ya sea en el cielo o en la tierra. Segundo, y esto es particularmente relevante desde el punto de vista político, es el único hombre libre pues ha acumulado todo el poder del Imperio en sus manos.

¿Cómo entiende la libertad este Calígula de Camus? Cabe, en este momento, recordar que Isaiah Berlin hizo la distinción entre dos distintos conceptos de libertad. Uno, el concepto que Berlin llamó “libertad negativa”, considera la libertad de la persona como la ausencia de imposiciones por parte de los demás, y en especial del Estado, sobre su proyecto de vida. Un hombre cree que su Dios es uno y trino, otro cree que su Dios es múltiple pero finito, y un tercero cree que los dioses no existen; pues los tres tienen derecho a creer lo que su buen juicio les indica, y ni la sociedad (los prójimos) ni el Estado tienen derecho a interferir con su fe, a excepción que sus prácticas religiosas supongan violar los derechos de los demás. En este concepto de libertad “negativa” se entiende que cada persona puede tener un proyecto de vida que desea desarrollar y se postula que la libertad es la posibilidad de hacerlo realidad con la menor interferencia de la sociedad (los otros) y el Estado.

Como se observa, la idea “negativa” de la libertad es una idea individualista y, por ello, moderna. Supone el valor del individuo, y el derecho del individuo a ser artífice de su destino. Sin embargo, cuando William Wallace (interpretado por Mel Gibson) en la película *Braveheart* (1995), grita “¡Libertad!” antes de morir, evidentemente tiene en mente otro concepto de libertad, concepto que Berlin calificó de “positiva”. La “libertad positiva”, señala Berlin, se refiere a las posibilidades de actuación de un pueblo o de una persona. Su énfasis no está en que me dejen vivir, sino en realizar las cosas que deseo. Así, mientras la libertad “negativa” es una libertad “de”, la libertad positiva es una libertad “para”. Por supuesto, la distinción es difícil, y los conceptos fácilmente se pueden confundir, peor aún en el ámbito de la vida concreta.

Además, a diferencia de la libertad “negativa”, que es esencialmente individualista, la libertad “positiva” puede tener un carácter individual, pero tradicionalmente ha sido, y es, un concepto colectivo. Cuando los bolivianos entonan su himno nacional y cantan “es ya libre, ya libre este suelo, ya cesó su servil condición” se afirman como nación que no está sujeta a la autoridad de otro pueblo, y que se da sus propias leyes y se organiza como ella decide, ejerciendo su soberanía. En la antigüedad un país era libre cuando su rey era propio. (En cierto modo, “si vas a tener un tirano, al menos que no sea extranjero”.)

El Calígula de Camus tiene una visión “positiva” de la libertad. En el primer acto, escena 10, reunido con Cesonía y Escipión, Calígula afirma: “Acabo por fin de comprender la utilidad del poder. Da oportunidades a lo imposible. Hoy, y en los tiempos venideros, mi libertad no tendrá fronteras”. La libertad es el ejerci-

cio del poder. Calígula es el único hombre libre porque, literalmente, puede hacer lo que quiera, cuando quiera y como quiera.

¿Qué significa el ejercicio de esta libertad total, absoluta, en relación a los demás? En el segundo acto, escena 9, Calígula ordena al encargado de los almacenes de harina de la ciudad cerrarlos: “Digo que habrá hambre mañana. Todo el mundo conoce el hambre, es una calamidad. Mañana habrá calamidad ... y detendré la calamidad cuando me plazca. Después de todo, no tengo tantos modos de probar que soy libre. Siempre se es libre a expensas de alguien. Es fastidioso, pero normal”. *Siempre se es libre a expensas de alguien*. Así, la libertad es la imposición de la voluntad del hombre libre sobre los demás. La libertad, en cierto sentido, parece pensar el Calígula de Camus, es el ejercicio del poder.

La libertad como ejercicio del poder

En el primer acto, escena 12, Camus introduce un diálogo entre Calígula y Cesonía:

Calígula: Los hombres lloran porque las cosas no son lo que deberían ser.

Cesonía: A mi edad se sabe que la vida no es buena. Pero si hay mal en la tierra, ¿a qué querer aumentarlo?

Calígula: Tú no puedes comprender ... Pero siento subir en mí seres sin nombre ... ¡Qué duro, qué amargo es hacerse hombre!

Cesonía: Hay que dormir, dormir mucho, dejarse llevar y no cavilar más. Velaré tu sueño. Al despertar, el mundo recobrará su sabor para ti. Que tu poder sirva entonces para amar lo que aún puede ser amado. Lo posible también merece una

oportunidad.

Calígula: Pero para eso se necesita el sueño, la despreocupación. No es posible.

Cesonia: Es lo que uno cree cuando está rendido de fatiga. Llega el momento en que la mano vuelve a ser firme.

Calígula: ¿Y qué me importa una mano firme, de qué me sirve este asombroso poder si no puedo cambiar el orden de las cosas, si no puedo hacer que el sol se ponga por el este, que el sufrimiento decrezca y que los que nacen no mueran? No, Cesonia, es indiferente dormir o permanecer despierto si no tengo influencia sobre el orden de este mundo.

Cesonia: Pero eso es querer igualarse a los dioses. No conozco locura peor.

Calígula: También tú me crees loco. Y sin embargo, ¿qué es un dios para que yo desee igualarme al él? Lo que deseo hoy con todas mis fuerzas está por encima de los dioses. Tomo a mi cargo un reino donde lo imposible es rey.

Cesonia: No podrás hacer que el cielo no sea cielo; que un rostro hermoso se vuelva feo; un corazón humano, insensible.

Calígula: Quiero mezclar el cielo con el mar, confundir fealdad con belleza, hacer brotar la risa del sufrimiento.

Cesonia: Hay lo bueno y lo malo, lo grande y lo bajo, lo justo y lo injusto. Te aseguro que todo esto no cambiará.

Calígula: Mi voluntad es cambiarlo. Daré a este siglo el don de la igualdad. Y cuando todo este nivelado, lo imposible al fin en la tierra, la luna en mis manos, entonces quizá yo mismo esté transformado y el mundo conmigo; entonces al fin, los hombres no morirán y serán dichosos.

El diálogo ha llegado a su punto culminante. Al inicio, podríamos imaginar a Calígula reclinado en el regazo de Cesonia,

mientras ella acaricia los ensortijados cabellos, como buscando que aquella mente se calme y que el sueño exorcice los demonios que la atormentan. Pero ahora, Calígula está de pie, hablando a gritos. Una última observación de la mujer desatará la ira del emperador:

Cesonia: No podrás negar el amor.

Calígula la toma en sus brazos, la sacude con furia, y añade: “¡El amor, Cesonia! He aprendido que no es nada. El otro tiene razón: ¡el Tesoro Público! ... Todo empieza con eso. ¡Ah, por fin voy a vivir ahora! Vivir, Cesonia, vivir es lo contrario de amar. Te lo digo yo y te invito a una fiesta sin medida, a un proceso general, al más bello de los espectáculos. Y necesito gente, espectadores, víctimas y culpables ... Haced entrar a los culpables. Necesito culpables. Y todos lo son”.

Podemos luego imaginar el ingreso de los acusados, los juicios y las ejecuciones sumarias. Calígula se ha propuesto cambiar el mundo. En el segundo acto, escena 2, Quereas señala en una reunión: “Puedo admitir que nos ponga en ridículo, no puedo aceptar que Calígula haga lo que sueña y todo lo que sueña. Transforma su filosofía en cadáveres, y para desgracia nuestra, es una filosofía sin objeciones”.

Un escalofrío probablemente corrió las espaldas de aquellos parisinos que en 1945 asistieron a la representación de la obra. Todos ellos habían vivido los horrores de una concepción de la libertad entendida como ejercicio del poder para cambiar la realidad. Los nazis se creyeron una raza superior, y no titubearon en oprimir y explotar a otras naciones o pueblos. Quisieron cambiar el mapa de Europa de acuerdo a sus ideales, y llevaron la destrucción, la muerte y la guerra por donde fueron. Consideraron que los ju-

díos, los homosexuales y los discapacitados (entre otras minorías) no merecían vivir, y pusieron ingenieros y la mejor tecnología de la época a buscar una “solución final”.

Así, usando como metáfora la figura del enajenado emperador romano, Camus está llamando la atención sobre una forma, por otra parte, muy convencional, de entender la libertad como ejercicio del poder, los excesos de la libertad “positiva” en el lenguaje de Isaiah Berlin.

Implicaciones sociales y políticas de la libertad como ejercicio del poder

Calígula también es metáfora de otro aspecto. Conversando con quienes luego habrán de conspirar contra el emperador, Quereas reflexiona: “Pone su poder al servicio de una pasión más elevada y mortal, nos amenaza en lo más profundo que tenemos” (acto segundo, escena 2). Quereas se refiere al sentido de la vida, pues Calígula está empeñado en mostrar el absurdo. Aquí se tiene una paradoja: el Calígula de Camus se caracteriza por su racionalidad y cultivo de la lógica, pero Quereas identifica su carácter dogmático e incluso, se puede decir, fanático. Por ello, afirmará Camus, su historia es la de un “suicidio superior”, pues empuja los hechos hasta hacer inevitable su asesinato.

Más adelante (en el tercer acto, escena 2), conversando con Escipión, Calígula proporciona una definición del tirano: “Un tirano es un hombre que sacrifica pueblos a sus ideas o a su ambición”. Calígula, luego de todos sus crímenes afirma no tener ideas, y que no puede aspirar ningún honor adicional. Luego, no sería un tirano, ya no.

Calígula es un fanático del absurdo, y de la razón implacable que, dado su concepto de libertad como ejercicio del poder, lo lleva a los más terribles crímenes. Esto parece una contradicción, pues en general se entiende que los fanáticos se caracterizan por su irracionalidad. Pero en rigor, Camus tiene a la vista diversas experiencias históricas, donde un grupo de “iluminados” – por la razón o la ciencia – decidieron apostar al cambio y la transformación de la sociedad con desastrosas consecuencias en término de muertes, hambre y sufrimiento. Ahí están los jacobinos de la Revolución Francesa, cortando cabezas, hasta que al final cayeron las propias. El régimen soviético con sus miles de víctimas en sus campos de “reeducción” en Siberia (hay que recordar que el marxismo se conceptualiza como materialismo “científico”). Y por supuesto, los nazis, convencidos de la “cientificidad” de su racismo.

Hoy, lamentablemente los ejemplos han aumentado. Las hambrunas provocadas por el Gran Salto Adelante del Presidente Mao, entre 1957 y 1958, y luego la histeria de violencia de la Revolución Cultural, impulsada por Mao en sus pugnas de poder con otros dirigentes del Partido Comunista Chino; la masacre que llevaron a cabo los Khmers Rojos en Camboya, queriendo hacer realidad el socialismo campesino de Mao, y que tuvo un costo de más de dos millones de muertos. Y para no ir muy lejos, los campos de concentración creados en Bolivia por el MNR por Decreto Supremo 02221, del 23 de octubre de 1952, en Corocoro, Uncía, Catavi y Curahuara de Carangas, donde se torturó y asesinó a aquellos que el régimen consideró enemigos de la Revolución, que en la retórica estaba modernizando el país. En los tres casos, los agentes de cambio tenían la profunda convicción de que sus ideas eran correc-

tas y hasta “científicas”. A esta lista de “iluminados por la razón” hay quien añadiría los esfuerzos de modernización neoliberal de los años noventa del siglo pasado, en diversas latitudes del mundo.

En “El hombre rebelde”, Camus desarrolla con mayor detalle esta paradoja. En un análisis de la historia de Francia constata que las aspiraciones propias de las utopías sociales empiezan levantando las banderas de la libertad, pues les son útiles para cuestionar y derrocar el régimen existente, pero cuando, luego del momento de la destrucción, empieza la etapa de la construcción, la libertad es la primera víctima, pues la construcción del nuevo orden supone la eliminación de los que dudan, de los inconformes, de los que herejes y de los apóstatas.

¿Y el hombre común?

Llegados a este punto, me permito una reflexión adicional. Cuando el hombre común aspira a la libertad, ¿qué concepto de libertad tiene en mente? Ser libre es que los demás no interfieran en mi plan de vida, luego, ¿cómo puede asegurarme que los demás “no se metan conmigo”? Me temo, que aun partiendo de un concepto negativo de la libertad, dado que la mejor defensa es el ataque, el hombre común entiende que sólo puede asegurar su espacio de libertad en la medida en que detenta y tiene poder. Cabe la pregunta si, para el hombre común y corriente, la mejor forma de asegurar su libertad es mediante la búsqueda del poder, la riqueza y el prestigio. Si tal hipótesis fuera cierta estamos ante una antinomia de la libertad: mientras más buscan los hombres ser libres, más buscan el poder, y con ello resquebrajan los fundamentos de la libertad. Con ello volvemos al lúcido pensamiento de Camus: los medios im-

portan, y los medios perversos contaminan los buenos fines.

En última instancia, estas líneas aspiran a motivar la lectura, o la relectura, de las obras de Albert Camus.²

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Berlin, Isaiah. *Dos conceptos de libertad y otros escritos*. Madrid: Alianza Editorial, 2001.
- Camus, Albert. *El malentendido. Calígula*, 8ª ed. Buenos Aires: Editorial Lozada, 1976.
- Camus, Albert. *El hombre rebelde*. Buenos Aires: Editorial Lozada, 2007.
- Martínez García, Rubén y Eduardo Lostao Boya. “El relativismo en el Calígula de Camus”, *Thémata: Revista de filosofía*, No. 27 (2001): 225-30.
- Suetonio. *Los doce césares*, 9ª ed. México: Editorial Porrúa, 2007.
- Vargas Llosa, Mario. “Albert Camus y la moral de los límites”, *Inti: Revista de literatura hispánica*, No. 4 (1976): 7-21.

²Y en el caso de “Calígula”, en *YouTube* hay disponible una magnífica versión de la Televisión Española de 1971.